El Libro de nuestra vida

LA HISTORIA DE NUESTRA MENTE

ENTRAMOS ya en la historia de nuestra propia vida, la cosa más interesante y maravillosa del mundo. Hasta ahora hemos estudiado la historia de nuestro cuerpo, las partes que en él vemos y conocemos y sentimos. Pero nuestro cuerpo es un criado y ahora vamos a estudiar a su amo. Cogemos una pluma para escribir, pero la mano obra obedeciendo a su amo, la mente. ¿Qué es la mente? Ni los hombres más sabios que en el mundo han vivido han sido capaces de entender la mente de un niño. La mente es la que sabe todo cuanto sabemos, y sin embargo, sabemos de la mente misma menos que de las cosas que ella sabe: una cosa sabemos de la mente y es que sin ella no sabríamos nada.

EL AMO DEL CUERPO

DESDE luego observamos respecto de la mente que ésta es algo real; pero que no puede cogerse, porque no es una parte del cuerpo. Una parte del cuerpo, cualquiera que sea, aun los nervios y las regiones más elevadas del cerebro mismo, pueden verse, tocarse y cortarse, porque el cuerpo es una cosa material, tan material como una roca sólida y dura, o un pedazo de tierra.

Ahora bien, si cogemos un pedazo de roca y la pesamos y la examinamos químicamente y por todos los medios que un objeto material puede ser examinado, habremos aprendido todo cuanto hay que aprender de una roca. Pero sabemos muy bien que, si examinásemos nuestros cuerpos como se examina una roca, echaríamos de menos un hecho de inmensa importancia para ellos; el hecho de la sensación, que no existe en la roca.

Casi todas las cosas, y lo creemos sin esfuerzo alguno, las podemos ver y tocar; pero requiere gran trabajo mental el darnos cuenta de que hay grandes realidades invisibles e impalpables, enteramente diferentes de aquellas otras. Una realidad de esta especie es la visión de esta página, que estamos leyendo en este momento. El ojo y el cerebro no son la visión; son sencillamente órganos e instrumentos de ella. Ver es otra cosa. Ya podemos examinar, si queremos, el ojo y el cerebro, sirviéndonos del microscopio y de tubos de ensayo, pero por mucho que buscáramos, nunca encontraríamos la visión, aunque el examen durase miles de años. Y es que ahora estamos fuera del reino del mundo físico, hecho de materia, éter y movimiento, y hemos entrado en otro reino, que es el mundo de la mente. La insensatez mayor es creer que el mundo real es el mundo de la materia, del éter y del movimiento, y que todas las cosas, sentimiento y sensación, pensamiento y voluntad, no son reales sino imaginarias, que provienen de la materia y no tienen significación. Tal es la doctrina del materialismo, estado por el cual pasan muchas personas cuando empiezan a pensar; pero si continúan pensando, más o menos tarde, acaban por abandonar semejante teoría.

Por consiguiente, debemos comprender que, cuando estudiamos la sensación, estudiamos algo que es más importante, más maravilloso y real que todo cuanto hemos estudiado, así en la *Historia de la Tierra,* como en el *Libro de nuestra vida.* Porque, en efecto, basta pensar un momento para ver que cuanto sabemos, o creemos que sabemos del mundo exterior y de nuestros propios cuerpos, nos es conocido merced a los sentidos.

Si éstos no fueran reales o no fuesen fidedignos, nada sabríamos de lo que creemos que sabemos, ni jamás podríamos saber nada. Es más, la verdad es que nada sabemos de nuestras sensaciones. Todo lo que referimos al mundo exterior es un argumento fundado en el conocimiento que hemos adquirido por medio de nuestros sentidos. Suponer que las demás personas sienten como nosotros es un argumento exclusivamente nuestro, puesto que nunca podemos salirnos de nuestra propia mente, y nos es imposible penetrar en la de los demás. Nuestros sentidos nos dicen

que otras personas obran como nosotros, y por esta razón suponemos que ellas piensan y sienten de igual manera que sentimos y pensamos nosotros, aunque en verdad, jamás podemos *sentir* sus sensaciones.

Ya hemos visto que los sentidos son de diversas maneras. Hay un grupo importante de ellos que nos informa únicamente de lo que atañe a nuestros propios cuerpos, y otro grupo que nos habla del mundo exterior.

Durante mucho tiempo supusieron los hombres que nuestros pensamientos, nuestras opiniones de las cosas, nuestras sensaciones y nuestras voliciones, dependían enteramente de los sentidos que nos ponen en comunicación con el mundo exterior, como son la vista y el oído. Pero recientemente se ha descubierto que los sentidos externos ejercen solamente una acción subordinada en las operaciones de la mente, en cuanto son instrumento mediante el cual adquiere noticia del mundo de la materia.

COSAS INVISIBLES DE LAS QUE DEPENDE EN GRAN MANERA LA FELICIDAD HUMANA

Las sensaciones de hambre y de sed, las que se derivan del movimiento del corazón, de los pulmones y de los órganos de la digestión, de las articulaciones y de los músculos, todas ellas van a parar a la mente. Nuestra felicidad y nuestra desgracia dependen de las sensaciones que llegan a la mente, procedentes de nuestro cuerpo, en igual medida o quizás mayor que las que nos causan los objetos que nos rodean. Compárese, en efecto, un millonario que padece de indigestión, con un muchacho de la calle, rebosante de salud, expuesto a la lluvia.

Es probable que la mayor importancia del estudio del cuerpo resida en el hecho de que éste empieza a enseñarnos que la felicidad humana depende de las cosas exteriores mucho menos de lo que suponemos, y mucho más de las cosas invisibles que van a nuestra mente desde dentro.

Todos estamos conformes en que estas sensaciones del cuerpo son vagas y no bien definidas. Hay gran diferencia entre estas sensaciones vagas y una sensación precisa, aguda y definida, como las que recibimos por la vista y el oído; y esta contraposición es la regla entre las sensaciones de dentro y las de fuera. Ahora bien, supongamos que fuese posible la existencia de un ser humano que creciese sin recibir sensación alguna. ¿Qué clase de persona sería? ¿Qué mente tendría? ¿En qué pensaría? ¿Qué sabría? Cuando nos hacemos preguntas como estas, inmediatamente vemos la contestación.

UN HOMBRE QUE NO PUEDE SABER NADA NI PENSAR NADA

Tal persona no tendría mente; sería un simple cuerpo, una col, por ej.; más humilde aún, porque una col experimenta ciertas alteraciones. Un hombre de esta clase nada puede saber, ni pensar en nada. Pues esto es lo que queremos significar, cuando decimos que la mente está fundada en los sentidos. Los sentidos son realmente las puertas del conocimiento, de modo que si ellos nada dejan entrar, la mente misma, que conoce, no se desarrollaría.

Este grandioso tema fué hábilmente estudiado por el inglés Juan Locke, hace más de dos siglos. Muy poco se sabía en aquel tiempo del ojo y del oído, y mucho menos aún del sentido del equilibrio y de los demás sentidos internos. Pero esto no impidió a Locke tomar la cuestión en general y colocarla sobre una base firme para siempre.

Llegó a la conclusión de que nada hay en la mente que antes no haya estado en los sentidos, y que todo nuestro conocimiento, ideas y creencias dependen de dos cosas y de dos solamente. Estas cosas son, en primer lugar, la sensación, y después, la reflexión sobre lo que los sentidos nos dicen.

Pues bien, todo esto no es una materia desprovista de significación práctica. Es imposible mencionar opiniones que tengan mayor importancia práctica que éstas. Su real significación para nuestras vidas y para las de los hombres que han de venir, es que ellas nos dan la clave de la verdadera educación. Si es verdad que la mente está fundada

en los sentidos, debemos esmerarnos por ellos, si queremos tener la mejor mente posible. La diferencia real entre una mente elevada de una persona y una mente baja de otra, depende, en principio, de sus respectivos sentidos.

CÓMO DEBE EMPEZAR LA EDUCACIÓN DE UN NIÑO

La cuestión, como hemos visto, no es de mera perspicacia, sino de delicadeza de sensación, esto es, la facultad de distinguir entre una sensación y otra, de recordarlas, de reconocerlas y de asociarlas en nuestra mente. Luego, toda educación eficaz de la mente debe empezar por reconocer que ésta se funda en los sentidos, y que se vale de ellos para sus operaciones.

Esto significa que no debemos poner gran empeño en enseñar hechos e ideas —aritmética, lenguas y otras cosas semejantes,—a los pequeñuelos, hasta después de haber procurado educar sus sentidos, puesto que son los canales por donde la mente adquiere los conocimientos. Por consiguiente, es un solemne disparate proponerse enseñar a un niño historia o geografía, cuando está medio sordo por no haberle cuidado debidamente la garganta, nariz y oídos, o medio ciego por carecer de espectáculos adecuados a sus ojos.

Nuestro primer deber es persuadirnos, desde el principio hasta el fin, de que los sentidos del niño están realmente todo lo bien que pueden estar; y cuando tengamos delante un niño con sentidos sanos, nuestra inmediata ocupación es educarlo, enseñarle a ver diferencias entre las cosas y a que aprenda a apreciar las bellezas de color y de forma.

COSAS CON QUE DEBE FORMARSE LA MENTE DE UN NIÑO

Debemos procurar especialmente que el niño vea cosas bonitas, y si se le enseñan cosas de forma y color feos, debemos poner gran interés en que sepa ver o conocer que son feas. Si le damos estampas en negro o pintadas, deben ser sencillas y bellas. Además, no hay mayor razón para que dejemos de exponer a un niño a vistas feas, que a olores malos. Lo mismo debemos hacer con respecto a los oídos; el niño debe empezar a conocer la diferencia entre una voz hermosa y otra desagradable, sea hablando, sea cantando.

Debe enseñársele a reconocer el timbre de diferentes instrumentos musicales, a saber cuando un piano está afinado y desafinado. Deben aprender a distinguir el canto de las aves y todas las armonías de la naturaleza. Si los niños estuviesen bien instruídos en estas materias, y en otras, que podríamos nombrar, pero no en la ciencia que enseñan los libros, es posible que la gente dijera que el muchacho era un ignorante y que se había descuidado su educación. Pero tal niño, especialmente si se ha procurado que su cerebro haya tenido suficiente cantidad de sueño y abundante aire fresco, es evidente que, en posteriores años, dejará atrás a otros muchachos menos sabiamente educados. Tal niño será más dichoso y estará más sano, y cuando hubiere llegado ya a la edad a propósito para estudiar, y empiece a trabajar en los libros, aprenderá más de prisa y con mayor perfección, y recordará mejor que otros niños, porque los fundamentos de esta mente infantil han sido fijados sólida y rectamente.

EL NIÑO QUE CRECIÓ AL SOL Y A LA LLUVIA

Nunca se han expresado estas grandes verdades con mayor perfección como en el poema de Wordsworth, que empieza así: « Durante tres años creció ella al sol y a la lluvia ». En este poema expone el autor sus ideas respecto a la educación de una niña.

En su niñez este gran poeta fué educado por su hermana, que le amaba tiernamente y que le dedicó su vida toda; y ella tenía ideas grandes y bellas, que sugería muchas veces a su hermano, cuya felicidad era lo que más le interesaba en el mundo. Así vivieron juntos apaciblemente, y a su hermana debió el poeta su ventura, como él mismo nos lo dice en sus versos.

Por lo regular, cuando hablamos de la mente, solemos referirnos precisa-

mente a la parte que piensa y conoce. En otros términos, nos es sumamente fácil suponer que en realidad, la mente entera está constituída por la inteligencia o el entendimiento.

EL NUEVO ESTUDIO DE LA MENTE QUE EMPIEZA POR EL PRINCIPIO

La mente es una parte nuestra que conoce y sabe; pero no debemos olvidar que también siente, quiere y ejecuta. Es indudablemente cierto que la parte de la mente que más nos distingue de las demás criaturas, es la inteligencia, y tal es la suprema razón por la cual le atribuímos especial importancia y le dedicamos el mayor estudio.

Pero el enigma de la magna cuestión del proceder humano no empezó a verse claro, hasta que los hombres comenzaron a estudiar otras partes de la mente. Hasta aquel tiempo la mayoría de los sabios estudiaban solamente el entendimiento; pero un gran filósofo observó que todos incurrían en el grave error de no empezar por el principio. Declaró que si queremos estudiar la mente del tipo humano más elevado, cuando ha llegado a su mayor desarrollo, y especialmente, si queremos entender no sólo su manera de pensar sino su modo de obrar, debemos procurar empezar por el principio. Debemos estudiar la mente en todas sus formas; las mentes de las mujeres, lo mismo que las de los hombres, y las mentes de los niños. Hay otras razas del género humano, que ofrecen diferencias en sus mentes; debemos, pues, aprender los procedimientos de las personas incultas y de los salvajes, de igual modo que los de las instruídas. También debemos conocer todo cuanto nos sea dable saber de los sentidos, instintos, hábitos y hechos de los animales más bajos.

LA IMPORTANCIA DE ESTUDIAR TODA LA MENTE Y NO UNA SOLA PARTE

Sabemos que « Génesis », nombre del primer libro del Antiguo Testamento, significa « producir, engendrar ». Por tal razón el estudio de la mente, que procura volver a los principios para ver cómo está hecha y cómo produce o engendra, se llama estudio *genético* de la mente; y todos nuestros modernos métodos de estudiarla y de llegar a comprenderla, están fundados en este nuevo modo de considerarla.

Un gran resultado de medio siglo de trabajo en este asunto ha sido recordarnos la importancia de varias partes de la mente, muy distintas de la inteligencia. El estudio que no repara en el hábito, el sentimiento y el instinto, y que no se da cuenta más que del procedimiento por el cual adquirimos ideas y razonamos sobre ellas, no puede ser un estudio completo de la mente, ni es, probablemente, el más importante de ella. Porque si olvidamos todo el resto de la mente, ¿podremos aprender el medio por el cual están afectadas y aun podemos afirmar que decididas por nuestros sentimientos, las ideas, opiniones y juicios que formamos de cosas y de personas?

Pero ahora que estamos seguros de no cometer el error de suponer que la parte racional y cognoscitiva de la mente es toda la mente, y que el sentir no es tan importante como el pensar, podemos entrar en el estudio de lo que ocurre a nuestras sensaciones y cómo la inteligencia y el entendimiento están fundados en ellas.

CÓMO PODEMOS VER UNA COSA Y, SIN EMBARGO, NO VERLA

Un relámpago o un ruido instantáneo producirán quizás en nosotros ciertos resultados; pero no nos dan tiempo para pensar y únicamente sentimos. Pues bien, supongamos que se nos concede un poco más de tiempo y que en lugar de un relámpago, es una luz que proviene de algo que tiene partes y forma un árbol, por ejemplo. Supongamos que vemos este árbol muy indistintamente a gran distancia o en cierta obscuridad y que no esperábamos ver un árbol en aquel lugar. Al principio lo vemos, como hemos dicho; pero no vemos lo que es.

Esto lo hemos observado en mil ocasiones. Muchas veces no podemos descubrir lo que hay en un cuadro o en una fotografía. Y no es que estemos ciegos; sino que vemos o « sentimos » perfecta-

mente; pero no hemos reunido las líneas y formas ni las luces y sombras para hacer un todo de ellas.

Pues bien, este es el primer eslabón de la mente, formado de productos simplemente sensitivos para pasar al eslabón de la percepción. El primero es, pues, la *sensación* y el segundo la *percepción*, y la diferencia entre ellos es inmensa; porque si bien la simple sensación, por ejemplo, de luz, puede tener efectos definidos, impulsándonos a movernos hacia el punto luminoso o alejarnos de él, no obstante esto, si viendo, nunca se pasara a la percepción, la inteligencia jamás se formaría.

DIFERENCIA ENTRE VER UNA COSA Y PERCIBIRLA

Debemos pensar en esto y darnos cuenta de ello por nosotros mismos. Lo interesante en el estudio de la mente es que siempre tenemos material a mano para estudiar, así nuestra propia mente, como la de los demás. Pues bien, cuando pensamos, en la diferencia entre la mera visión y la percepción, descubrimos cuán importante nos es la memoria para todo esto.



EL ÁGUILA Y EL ESCARABAJO

¡QUE me matan! ¡favor! Así clamaba
Una liebre infeliz, que se miraba
En las garras de un águila sangrienta.
A las voces, según Esopo cuenta,
Acudió un compasivo escarabajo,
Y, viendo a la cuitada en tal trabajo,
Por libertarla de tan cruda muerte,
Lleno de horror exclama de esta suerte:
¡Oh! reina de las aves escogida,
¿Por qué quitas la vida
A este pobre animal, manso y cobarde?
¿No sería mejor hacer alarde
De devorar a dañadoras fieras,
O, ya que resistencia hallar no quieras,
Cebar tus uñas y tu corvo pico
En el frío cadáver de un borrico?
Cuando el escarabajo así decía,
La águila con desprecio se reía,
Y sin usar de más atenta frase,
Mata, trincha, devora, pilla y vase.
El pequeño animal así burlado
Quiere verse vengado.
En la ocasión primera
Vuela al nido del águila altanera;
Halla sólo los huevos, y arrastrando,
Uno por uno fuélos despeñando.
Mas como nada alcanza
A dejar satisfecha una venganza,
Cuantos huevos ponía en adelante
Se los hizo tortilla en el instante.
La reina de las aves sin consuelo,
Remontando su vuelo
A Júpiter excelso humilde llega,
Expone su dolor, pídele, ruega
Remedie tanto mal. El dios propicio,
Por un incomparable beneficio,
En su regazo hizo que pusiese
El águila sus huevos y se fuese,
Que a la vuelta, colmada de consuelos,
Encontraría hermosos sus polluelos
Supo el escarabajo el caso todo:
Astuto o ingenioso hace de modo
Que una bola fabrica diestramente
De la materia en que continuamente
Trabajando se halla,
Cuyo nombre se sabe aunque se calla,
Y que, según yo pienso,
Para los dioses no es muy buen incienso:
Carga con ella, vuela, y atrevido
Pone su bola en el sagrado nido.
Júpiter que se vió con tal basura,
Al punto sacudió su vestidura,
Haciendo, al arrojar la albondiguilla,
Con la bola y los huevos su tortilla.
Del trágico suceso noticiosa
Arrepentida el águila y llorosa,
Aprendió esta lección a mucho precio:

A nadie se le trate con desprecio
Como al escarabajo:
Porque el más miserable, vil y bajo,
Para tomar venganza, si se irrita,
¿Le faltará siquiera una bolita?

SAMANIEGO.